Entonces retoñaron las delicadas flores,
De la sombra que enferma descorreria el tul,
Se fundieron las nieves, se alejara el hastío
Y vería los campos y vería lo azul.

Con sed de amor intenso, volvieran mis amajes
Los que pierden sus vidas, los que muriendo van;
¡ Aquellos que gozaron de sueños inflnitos
Al infinito sueño por siempre volverán !

ENRIQUE LEONCIO NEBEL.

Mayo 5.

Visión fantástica

(Para ARTE).

Esa noche, por primera vez en mi vida, me levanté de la mesa dando tr :spiés.

Mi triunfo había sido enorme, y en medio de mi alegría había apurado, contra mi costumbre, las copas rebosantes de espumosos vinos que mis amigos, casi tan alegres como yo, me ofrecieron.

Me despedí de ellos hasta el siguiente día y salí solo con intenciones de dirigirme á mi casa para descansar.

Era muy tarde, y las calles estaban solas. La cabeza me pesaba, un zumbido ensordecedor vagaba en mis oídos. A mi alrededor todo daba vueltas y las lamparillas que alumbraban la ciudad, se me presentaban circuidas por una aureola luminosa, que parecía una niebla de luz.

Entonces tuve una visión: en lugar de llegar á mi morada, llegué á un puente desconocido del que partía un camino ancho tirado á cordel, que conducía á la portada de una casa enormemente grande y magestuosamente bella. Me acerqué con cautela é inspeccioné su fachada; era un alcázar, con todos sus parapetos y sus murallas.

Una gran puerta de hierro se abrió ante mi produciendo un chirrido satánico. Yo sentí una fuerza irresistible que me empujaba hacia ella, obligándome á entrar. Luego de hacerlo, la puerta se cerró como impulsada por una fuerza misteriosa.

Un hombre revestido por una túnica color púrpura se presentó á mis espantados ojos, y como si me conociera me enseñó el camino

obligándome á avanzar. Pasé siempre escoltado por el personaje misterioso, un puente bajo del cual ví la corriente de un río desconocido, de aguas azules y espumosas. Entramos á una galería rodeada de estátuas y un ruído de misterio se dejó oír. Avancé más, y mi asombro llegó á su grado máximo cuando llegué á comprenderlo todo.

Aquello tenía mucho de encanto; era un palacio sagrado y en su interior todos los dioses, olvidando sus rencores y rivalidades se entregaban á la espansión y á los placeres.

Me encontré en una inmensa sala circuida de columnas y de estátuas con sus molduras y sus relieves abarcando todos los estilos antiguos de la arquitectura.

Había molduras que representaban las tres Gorgonas, otras el rapto de Briseida y la desesperación de Aquiles y otras, á la esfinge de Tebas y ante ella, Edipo resolviendo sus problemas. Gran número de téas alumbraban aquel vasto antro, y allá en el fondo, sobre un trono de marfil se destacaba Júpiter, en la mano izquierda sosteniendo un cetro y lanzando el rayo con la diestra.

Después en fantástica confusión, aparecían otros seres mitológicos.

Aquel recinto no se sabía de un modo categórico si era encanto, magia ó realidad, tenía todo el esplendor de una sala en que sus visitantes se entregan á los placeres de amor, y tenía toda la magestad de una basílica.

La estátua de Minerva, la diosa del saber, se destacaba régia, derrochando sus contornos que la mano y habilidad del escultor supieron dar formas magestuosas, todo el oro y el marfil imajinables. Sus ojos de piedras preciosas despedían rayos de luz.

Aquello era una especie de Partenon.

Diana aparecía con su cierva, armada del arco, transformando á Acteon que tuvo la osadía de mirarla en el baño. Cupido con su carcaj y sus flechas y Venus radiante de hermosura en su carro simbólico arrastrado por palomas.

Y en mi visión seguían las apariciones; Themis, la justicia, con su espada y su balanza, Ceres, con la corona de espigas y Momo con sus chistes y su burla, mostrando la mueca de su máscasa.

De pronto, un esplendor ilumina todos los rostros; las bocas enmudecen, los cuchicheos se acaban y en medio de un ruído siniestro aparece la Aurora, la precursora del astro, muellemente rechinada en su carro tirado por caballos blancos, y tras la Aurora aparece Apolo, el hermoso Apolo con su cabellera flotante, guiando el carro del Sol.

—¿Porqué tan tarde nos brindais la luz?—le pregunta la ninfa Dafne, siempre insensible á sus ruegos y pretenciones amorosas.—Porque las musas se detuvieron en el Pindo,—contestó Apolo, preparándose para dirigir el coro de éstas que iban llegando misteriosamente.

Un frío glacial se impregnó en la atmósfera, y dejando un reguero de espuma pasó Neptuno en su carroza de concha, guiando sus caballos marinos; con su tridente enarbolado yendo á tomar asiento en el fondo plúmbeo del antro, donde la magestad de las estátuas imponía el silencio de las tumbas y el rugido de los vientos de Eolo, retumbaba en el fondo obscuro de las bóvedas.

En esto, el silencio se selló en las bocas, una música pletórica de armonía arrojó sus notas en el ambiente iluminando con raro fulgor, la mirada de los dioses. Las piedras de Golconda que adornaban las colgaduras, temblaron, y al chocar despidieron un sonido aflautado. misterioso, fantástico. Era que Orfeo empuñando la lira entonaba sus cantos.

Cuando el cantor enmudeció, un murmullo de aprobación partió de todas las bocas, y siguiéronse sucediendo las carcajadas mezcladas con los cantos y la música.

Reinaba la mayor alegría y había cambios recíprocos de corteses galanteos; se bebía el sibaritismo en las ánforas rebosantes del placer,

Las luces se fueron extinguiendo paulatinamente.

Un aire vago, con la frescura de una tarde autumnal, haciendo temblar las cabelleras blondas, se difundió sigilosamente...

El silencio se hacía general... callaron las liras y se apagaron las téas... Apolo había desaparecido con el carro del Sol, precedido por la Aurora.

De las alturas deslizóse sin ruído, cautelosamente, un anciano vestido con una túnica. Al llegar á la mansión semi-obscura de los dioses, donde todavía no era extinguido por completo el eco de los cantos y la música; recogió sus alas, y cuando el silencio absoluto recobró su poderío, tiró un girón de sombra que apagó los últimos reflejos.

Las estátuas se perdieron á lo largo de las bóvedas, y los ojos de los dioses parpadearon bajo el ala acariciadora del sueño.

FERNANDO SILVA VALDÉS.